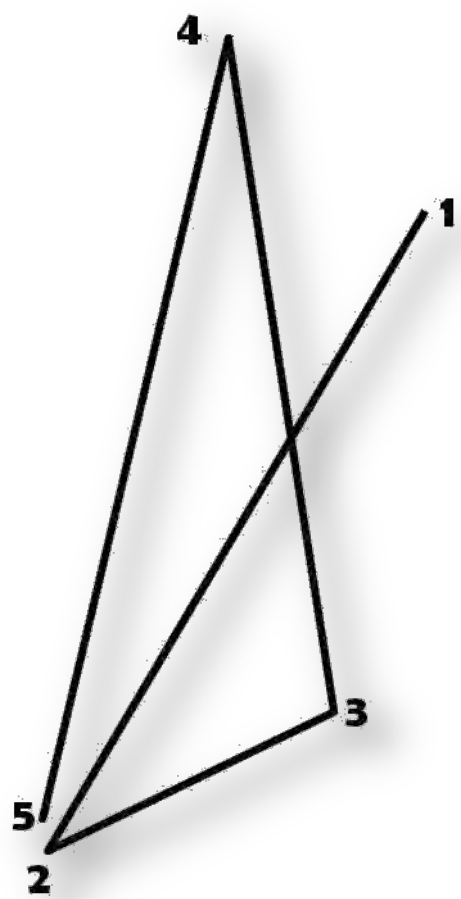


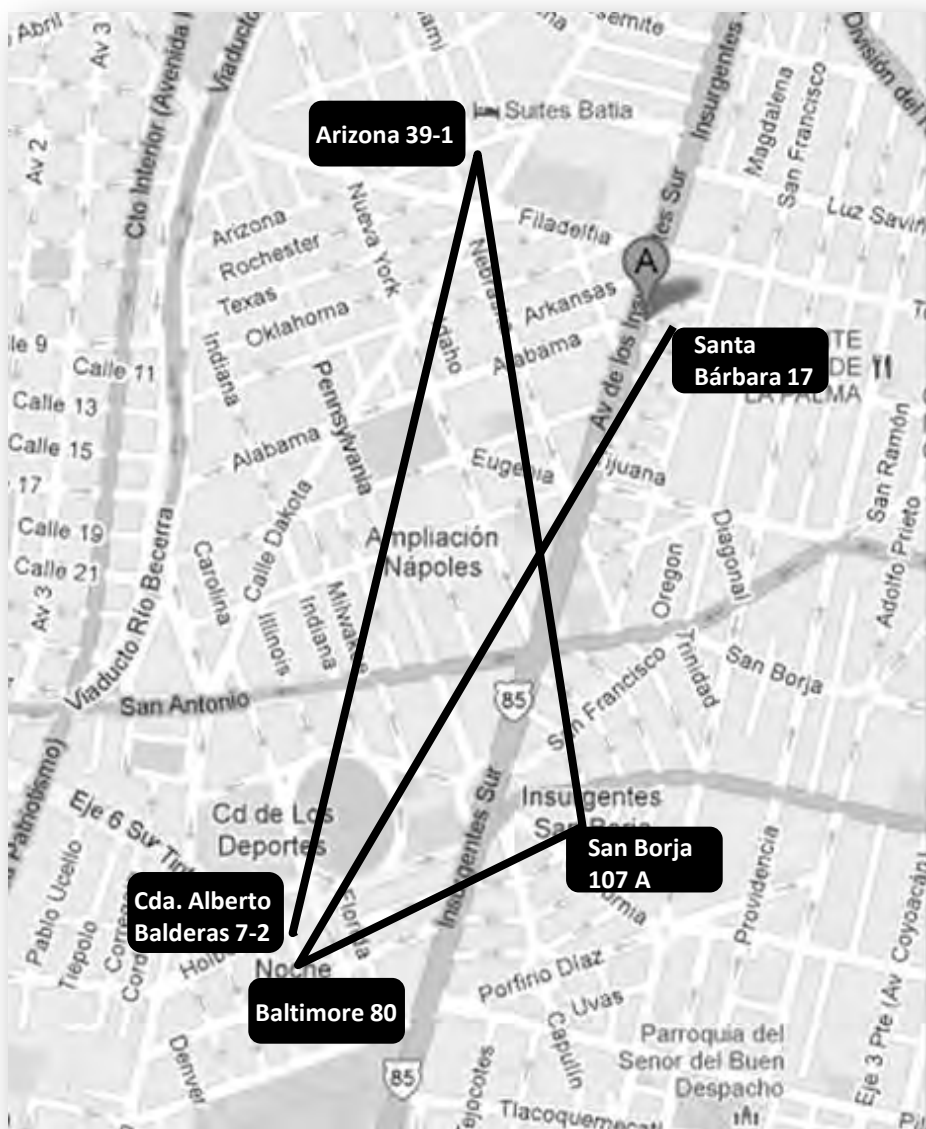
NOSTALCIAS DE UNA

FAMILIA

★ POR LOS HERMANOS PELTIER SAN PEDRO ★











NOSTALGIAS (PARTE I)

Por Catalina Adelaida Peltier San Pedro



“La vejez empieza
cuando los recuerdos pesan
más que las esperanzas”
Antiguo proverbio indio.

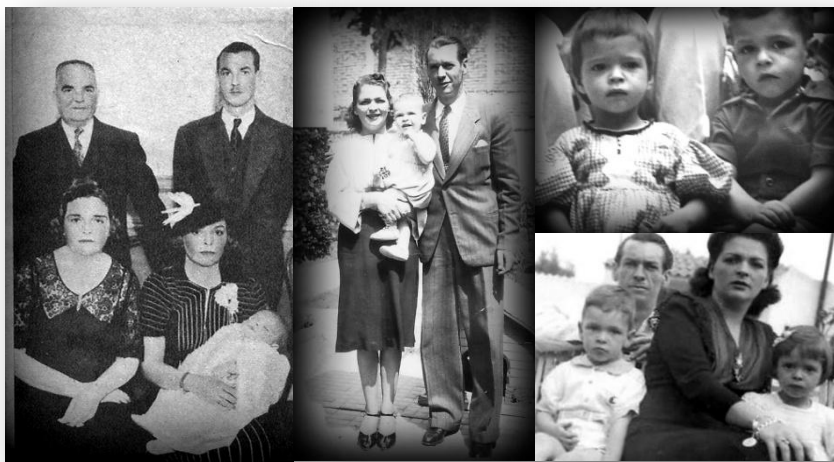


Santa Bárbara 17, la casa “vive como quieras”, como solían decir sus asiduos visitantes. Llegaban cualquier día y a cualquier hora, pero no antes de las 12 p.m. No era necesario tocar el simbólico timbre, sólo bastaba deslizar la mano entre los barrotes de madera torneada de la pequeña puerta de entrada, jalar el pestillo, pasar a un lado del Solovino, el perro callejero que llegó solo y se instaló para siempre en la vieja butaca de cine de donde vigilaba el incesante pasar de toda clase de personas que frecuentaban la casa, y pronunciar un ¡buenas tardes! o un ¡buenas noches!, según fuera el caso, era suficiente para ser bienvenido e invitado a comer, cenar o tomar una “copita”.

Los niños de la casa, en esa época éramos sólo cuatro, tres varones y yo, la única mujer. Estábamos habituados a ver todo éste ir y venir, por ende nuestros amigos también acostumbraban hacer lo mismo. Convivíamos los adultos y los menores sin ninguna dificultad, aunque muchas veces preferíamos escurrirnos por la ventana de la recámara para no pasar por el ritual del saludo de beso a los tíos, amigos o algún nuevo visitante que llegaba a aumentar el círculo de personajes heterogéneos que frecuentaban a mis papás. Algunos eran intelectuales incipientes, como el tío Tomás Córdoba y su grupo de escritores que disertaban sobre comunismo, política, literatura, arte, etc. Nosotros los escuchábamos con atención pero sin comprender del todo; no nos atrevíamos a preguntar pues los niños, decía mi mamá... “sólo deben oír, ver y callar”. Lo que sí entendíamos, escondidos atrás de la puerta, eran los chistes “colorados” que contaba Tomás Córdoba. Mi papá – todo mundo le decía de cariño “Fito”, pues se llama Rodolfo- decía que no eran apropiados para los niños, pero Tomás se justificaba alegando que los chistes no son colorados o blancos sino buenos o malos. El amigo incondicional de la familia era el otro Tomás, el de apellido Ennis. Se destacaba por su caballerosidad, elegancia y buen porte; temporadas era millonario y temporadas muerto de hambre.



¿Qué es lo que motiva a la gente a visitar mi casa? Es la calidad de sus moradores, la simpatía que siente mi mamá por todos, sin descontar su habilidad para cocinar y hacer milagros para alimentar a cualquiera que llegue. La alegría que ella irradia contrasta con la seriedad de mi papá y con su fino, ecuánime y cáustico temperamento. En esta vida hay que tratar de ser feliz, es la filosofía de mi mamá. En los ojos verdes de papá se ve el amor y la admiración que ella le provoca. Cochita, como todos la llaman –su verdadero nombre es Catalina- no se cansa de los amigos, las fiestas, los bailes y todo lo que sea “pachanga”. Hay que divertirse y disfrutar de todo, dice todo el tiempo. Papá la complace siempre con aparente desgano, pero en el fondo está contento y disfruta de su enorme vitalidad.



Mi casa es pequeña, no tiene jardín ni un patio para jugar, apenas un garaje para guardar el Lincoln 36 que usa mi papá. La extensión de la casa es la calle de una sola cuadra y en la cual jugamos con los vecinos al avión, la bicicleta, los patines, foot ball, quemados, encantados y cuanto juego inventamos. Somos una palomilla de 20 ó 30 amigos, niños y niñas, que nos hemos adueñado de esta calle. Después de la escuela y al terminar de comer salimos al primer chiflido de los vecinos cual soldados al toque del clarín, prestos al

juego y a la travesura del día. No volvemos a entrar hasta que oímos los gritos de mamá, parada a media calle llamándonos a cenar.

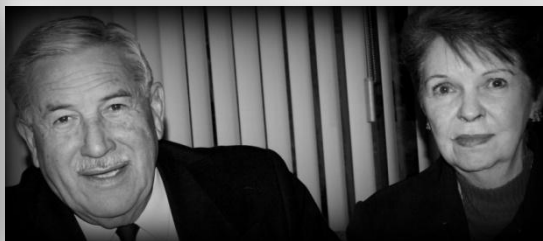


Las amigas de Cochita van algunas tardes a jugar cartas. Una de ellas –la “Cuca” Bustamante- es esposa de un secretario de Estado. Acostumbra vestirse como si fuera a los Pinos: alhajas, abrigo de mink y automóvil de lujo con chofer. Cuando no tiene ganas de regresar a su casa porque su marido está de viaje se queda a dormir en el sofá de la sala, ya un poco desvencijado de tanto uso; no nos extraña verla dormida, tapada con su abrigo de mink, cuando nos levantamos para ir a la escuela. Los juegos de cartas a veces se prolongan los fines de semana, todo el día y toda la noche. Todos, incluyendo a los esposos que se unen al grupo, comen, beben y a ratos duermen.

Este tren de vida no siempre es fácil de mantener. Cuando hay crisis económica no se desaniman y se van de “cacería”. Abordan el Lincoln 36 que conduce mi papá a regañadientes, y van a la tienda de abarrotes “La Covadonga”. Cochita y los dos Tomases entran a la tienda, mientras mi papá los espera en el coche. Le piden al tendero algunas latas que están en los anaqueles más altos, y mientras el hombre sube a la escalera para localizarlas, ellos se surten de los víveres que están a la mano y los llevan al coche. Cuando el dependiente les da las latas que pidieron, las pagan tranquilamente y se van. En una ocasión mi mamá tomó unos chorizos que estaban colgados en el mostrador, y cuando quiso cortar algunos no pudo, por lo que tuvo que seguir jalando y jalando, hasta terminar con el rollo completo. Afortunadamente llevaba su gran abrigo de “cacería” y lo pudo ocultar. Al salir, ven en la puerta de la tienda unas cajas con botellas de licor que aún no han sido colocadas en la



bodega, por lo que deciden arrastrar una hasta el coche. Ya en la casa se dan cuenta que las botellas son de Cognac, el cual no les gusta. Unos días después el tío Tomás Córdoba va a la tienda asaltada y le pide al dueño que por favor se las cambie por Ron, el dueño de la Covadonga pensando que era el mejor negocio de su vida, acepta agradecido.



Mi mejor amiga es Silvia Lerma, a las dos nos gusta jugar con los muchachos a sus juegos bruscos, subírnos a los árboles y pasar brincando las azoteas de su casa a la mía, arriesgándonos a caer. Jugar a las muñecas con las demás amigas nos parece aburrido. Son una “marotas” nos dice todo el tiempo la mamá de una de ellas. No nos importa. Son más emocionantes los juegos de los muchachos, ellos nos ven como sus hermanas y como tal nos protegen. Nos invitan al cine Moderno las tardes de los viernes a ver los episodios de Flash Gordon. Yo tengo clases en la escuela en las tardes pero mi mamá me da permiso de faltar ese día, pues total, nada más son clases de costura y catecismo.

Tenemos un vecino un poco raro, ya es un adulto, pero a mí me parece retrasado mental. Una tarde nos invita a Silvia y a mí a su casa, nos ofrece dulces pero con la condición de que lo dejemos bajarnos las pantaletas y cerremos los ojos. Silvia y yo nos miramos, intuimos el peligro y salimos despavoridas de su casa. Jamás volvimos a aceptar sus invitaciones. Rodolfo es mi hermano mayor, con él me dejan salir a cualquier parte, saben que me cuidará. Tenemos mucha libertad y sin embargo no rebasamos los límites -que no sé cómo ni cuándo- nos han inculcado. No somos rebeldes, no tenemos contra que rebelarnos, nos permiten casi todo. No pedimos permisos, nada más avisamos a donde vamos y con

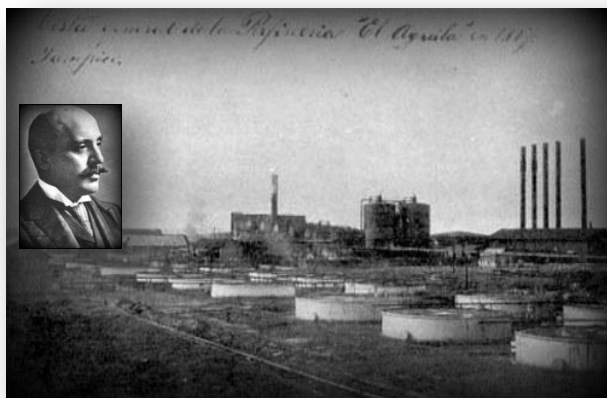
Por instinto sabemos que es lo que no debemos hacer. Mis otros dos hermanos son más chicos; a Roberto le llevo 6 años y a Ricardo 9 años. Ellos también tienen su palomilla y están en la calle todo el día. Mi mamá se pregunta: ¿nosotros somos raros o son los demás? Seguramente son los demás, responde.

Cochita tiene una sola hermana, la tía Alicia, esposa del tío Tomás Córdoba. La diferencia entre ellas es enorme, no físicamente pues las dos son muy bellas. La tía Alicia es seria, adusta, pero con un gran corazón e ideas extrañas. Acostumbra llevarme a la Castañeda a visitar a una amiga y les lleva comida, ropa y regalos a las demás locas. También tiene amigos en la cárcel, “El Guantes”, el “Dedos Finos” y uno que otro ladronzuelo a los que visita y les regala cigarrillos. No le gustan las fiestas ni la copa. Su vicio es el juego, va a los “brincos” y se ha salvado varias veces de que la policía la atrape. Una vez escapó por las azoteas y otra porque estaba embarazada la dejaron ir.



El pasatiempo de mi papá es la carpintería, remodela la casa continuamente. Empieza por la sala y termina con la última recámara, y vuelve a empezar. Todo el tiempo estamos en restauración. De pronto mi cuarto que era de color azul, al otro día es amarillo o viceversa. Los pisos cambian de duela de madera a loseta, según la moda. Saltamos sobre los escombros o adivinamos fantasmas, nubes, animales o monstruos en los resanes de los muros. La casa no es nada aburrida, es cambiante y acogedora como sus habitantes.

Mi abuela Catita enviudo y se fue a vivir con nosotros. Era dulce y tranquila, pero estaba desolada por la pérdida de mi abuelo Eduardo San Pedro Salem, pues él era el motivo de su existencia. A la edad de catorce años llegó a México procedente de Londres, Inglaterra con sus papás, Charles A. Bungey y Kathleen Wellington. Su papá venía contratado para trabajar en una compañía petrolera inglesa ubicada en el Puerto de Tampico, en la famosa Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila," cuyo dueño era Sir. Weetman D. Pearson. Conoció a mi abuelo, diez años mayor que ella, y se enamoró profundamente de él. Para su familia era imposible la relación de una inglesa con un mexicano, al que veían con desprecio, por lo que decidieron mandarla de interna a una escuela de monjas a los Estados Unidos.



Eran días de revolución en México y en un tiroteo ocurrido cerca de Tampico entre dos bandos – carrancista contra villistas- tuvo su papá la mala fortuna de encontrarse en el lugar equivocado y una bala lo alcanzó. Su madre decide, desde luego, regresar a Londres con su hija, mas en el momento en que se alistaban para embarcarse, sufre un ataque al corazón y fallece. Al quedar sola y desamparada, la familia de su novio la acoge temporalmente en su casa mientras llega un tío suyo procedente de Londres para regresarla a su país. Estaban tan enamorados que deciden casarse inmediatamente y falsificando papeles, ya que ella era menor de edad y extranjera, logran su unión. Así que cuando su tío llega ya no puede hacer nada al respecto y se regresa sólo a Inglaterra. Su familia, indignada, la deshereda y no vuelve a tener contacto con ella nunca más. Mi abuelo Eduardo en un arranque de macho mexicano rompe todos los recuerdos, fotos, papeles y cualquier cosa que tuviera nexos con la familia de su mujer. A mi abuela no le afecta, tan grande es el amor que siente por su marido, que este dura hasta su muerte.

“Éramos pocos y parió la abuela”, dice el refrán. Tengo casi diecinueve años, Rodolfo mi hermano va para los veintiuno, él que sigue de mi ya tiene trece años y el menor nueve, más la abuela, mis papás y dos muchachas de servicio, una de ellas además con un hijo. Somos una familia muy extensa. Mi mamá va a consultar al médico porque sospecha que tiene un tumor en el estómago. Cuando regresa de su consulta nos anuncia que tiene un tumor, pero un “tumor con patas”. Siete meses después nace un niño al que le ponen Eduardo, en honor de mi abuelo. Es el consuelo de mi abuela y el consentido de mis papás, que lo que menos esperaban era tener otro hijo. Para nosotros, los hermanos, es como jugar a las muñecas.



La vida siguió su curso. Rodolfo, que era muy estudioso, ingresa a la universidad. Yo estudiaba una carrera corta y los demás hermanos seguían en la escuela. Las amistades no dejaban de buscar refugio en la casa de Santa Bárbara, que a todos acogía con calor y felicidad.

Si existían problemas, los hijos no nos enterábamos, no discutían en presencia nuestra, así que cuando nos dijeron que iban a vender la casa nos agarro a todos de sorpresa. El pretexto era que la casa era ya insuficiente para todos, pero la realidad era que mi papá ya no tenía trabajo. Siempre trabajo en el Gobierno pero su “problema” era su integridad y cuando no acepto ciertas prácticas de los políticos fue cesado. Rentamos una casa más amplia donde vivir y aparentemente todo continuaba igual; el futuro era inescrutable y sentíamos que la magia de nuestra casa de Santa Bárbara había cesado. Mi mamá hacía hasta lo imposible por mantener el optimismo y la alegría, que en ella era algo natural. Mi papá se sentía deprimido y hacía esfuerzos por salir adelante. No pasó mucho tiempo para que enfermara y después de largas angustias falleció.

Cochita tuvo que sobreponerse al dolor, algunos de sus hijos eran menores y había que sacarlos adelante. Ella había sido educada como niña rica, no sabía hacer nada que le redituara ganancias económicas, por lo que la responsabilidad de la familia recayó en mi hermano Rodolfo, pues yo ya me había casado y vivía en otra ciudad. Mi mamá pudo con su fuerza de carácter y su buen ánimo salir adelante, vendiendo de todo y haciendo contacto con sus buenas amistades que siempre la apoyaron.



Unos años después mi hermano Rodolfo, el hijo predilecto, que nunca se caso quizá por tener la responsabilidad de mantener a la familia o porque no era su destino, muere a causa de una enfermedad incurable. Esto casi destruye al ánimo de Cochita, más su amor por la vida y su increíble fortaleza logran que poco a poco se reponga. Alguna vez me dijo: “No entiendo porque la gente se deprime, yo perdí a mi marido al que amaba con toda mi alma y a un hijo que adoraba y creí que me moriría de tristeza, pero en esta vida hay que tratar siempre de ser feliz”.



NOSTALGIAS (PARTE II)

Por Roberto Peltier San Pedro



*Nuestros recuerdos son lo que fuimos
y lo que queríamos ser.*

Santa Barbará la calle donde viví entre 1946 y 1960.
La Mejor Época.



Yo soy Roberto, el 3º hijo de Cochita, Catalina San Pedro Bungey y de Fito, Rodolfo Peltier Rivas, llamados entre ellos, muy amorosamente, *Timotea* y *Timoteo*, (el hijo Sándwich) nací un 20 de enero del año de 1946 a las 12 horas (mitad Capricornio y mitad Acuario) en el bellissimo Hospital ABC, cuando se ubicaba en la Av. Mariano Escobedo en la Colonia Anzures, en lo que hoy es el Hotel Camino Real en la Ciudad de México D.F. Fui Recibido y bien atendido por el Dr. Manuel Mateos Furnier.

Nuestra casa estaba ubicada en la Colonia del Valle, en la calle de Santa Barbará No. 17 (una única callecita) entre la Av. Insurgentes y la calle de Magdalena y entre Concepción Beistegui y la calle de San Bernardino, en la hoy Delegación Benito Juárez, en México, D.F. Mis hermanos mayores Rodolfo (Fito) y Catalina (Canis o Canina) y mis hermanos menores Ricardo y Eduardo (Lalo, El Pilón o el Pillido).

Éramos hijos de la calle, vivíamos en ella todo el tiempo tanto sábados y domingos como entre semana al regresar de la escuela, jugábamos siempre y jugábamos a todo, canicas, trompo, balero, yoyo, saltar la cuerda tochito, huesitos, taconazo, volados entre nosotros y contra los que vendían las *correosas* (suaves dulces blandos de melcocha y de distintos sabores como fresa, limón, vainilla, canela, etc.



envueltos en papel encerado y colocados sobre una charola de madera en el hombro del vendedor), andábamos en bicicleta y sobre todo en patines (marca Torrington), de metal y ajustables a lo largo y ancho con ruedas metálicas, con correas de cuero que abrazaban los tobillos y con uñas metálicas que abrazaban y por supuesto destruían la suela de los zapatos, con ellos jugábamos a las coleadas agarrados de las bicicletas y a veces de los camiones de pasajeros como el de la ruta Coyoacán - Colonia del Valle, que pasaban por Magdalena o de los coches de nuestros papás.



En Insurgentes y José María Rico enfrente del Cine Manacar estaba la alberca *Aragón*, donde nadábamos de gratis ya que los dueños eran amigos de nuestros papás, tenía trampolines, la gran alberca sumida, baños de vapor, regaderas y un frontón a mano, a Rodolfo le chocaba llevarme pero Manuel (Ramírez Blancas) me llevaba escondido y pues ya ni modo, se aguantaba.

Con nuestros vecinos los Lerma, Jorge y Miguel Ángel era con los que más jugaba y con los que me pelaba a golpes como 3 ó 4 veces por semana, unas ganaba yo y otras ellos, pero siempre éramos amigos, el era como de mi edad; con Sergio (Checo) y Víctor me llevaba poco ya que eran mayores, a veces jugaba luchas con la Pildorita la hermana menor de los Lerma que era bien marimacha y hasta nos pegaba.



Teníamos otros vecinos como los Morales (Anita y Armando) de origen cubano, que vivían junto a nosotros, tenían un hijo Armando (un afamado doctor) creo que era el único, como de la edad de Rodolfo y Catalina, Los Ferrer con el buen Eduardo (El Chacho) de la edad e íntimo amigo de Rodolfo, que contaba chistes todo el día y casi siempre repetía los mismos, José (Pepe) su hermano del que tengo del que tengo pocos recuerdos, como que no se juntaba mucho con nosotros y la Chacha, la hermana de ellos muy alta y grande que se caso con el Arq. Antonio Reyna todavía más grande y alto que ella y que cuando jugábamos beisbol en la calle y yo le cachaba me dejaba la mano muy adolorida con los trallazos que me mandaba, y finalmente Margarita su mamá, que era un encanto y que era como la mamá de todos, como todas las mamás de la cuadra que nos cuidaban y nos vigilaban y estaban pendientes de todos nosotros, Margarita era muy religiosa y muy amiga de los padres de la iglesia de San Antonio en la Colonia Nápoles, sobre todo del Padre Cristito que iba a jugar póker a su casa y llevaba los cepos de limosnas para apostar, (un día me dio un buen dinero para que nos fuéramos todos los hermanos y amigos a Acapulco), era un muy buen padre (de iglesia) y buen consejero, hasta que lo mandaron a otra parroquia.

Cuando llegaba de la escuela lo primero que hacía era entrar a la cocina de la casa de los Ferrer y pedirle a María la cocinera, un taco de arroz rojo servido con salsa en unas tortillas de maíz enorme que ella hacía, tan buenas que aun las recuerdo. Estaban las vecinas Thais y sus hermanas muy amigas de Catalina y de Rodolfo, y poco más ya que eran mayores; la familia de la Maza, que eran buenos vecinos pero de poco trato, el papá tenía como hobby los trenes eléctricos a escala, en el patio de su casa tenía una mesa enorme con montañas, ríos, parques, túneles y puentes por donde corrían sus trenes y que a veces nos invitaba a ver, también tenían una gran colección de bellísimas mariposas disecadas.

En la esquina con insurgentes vivía el Dr. Federico Gómez, famosísimo pediatra muy reconocido en el país, tenía un hijo Federico que éramos buenos amigos, luego se cambiaron de casa y ya no tuvimos más contacto, enfrente de esta casa estaba el terreno mágico, un baldío deshabitado que llegaba hasta Concepción Beistegui, con un pozo y un cuarto derruido que nos asustaba, había que brincar la barda para entrar y todos lo teníamos prohibido pero cuando podíamos entrábamos. Vivía junto al terreno una familia con la que no nos lleva vamos y les decíamos de la escuelita porque todos cuando salían a la calle iban en fila india detrás de la mamá (que siempre usaba chongo); junto a nosotros, del lado derecho, vivía creo que un general o coronel del ejército retirado ya mayor con su esposa y que nunca tratábamos, junto a ellos y haciendo esquina con Magdalena vivía Manuel con Doña Anita su mamá y que le prestaban servicio a la familia dueña de la casa. Manuel tenía un cuarto subiendo las escaleras en el patio y me invitaba a pintar figuritas de plástico de Disney que cambiaba la Coca Cola por corcholatas y

algo de dinero, era muy buen amigo de Rodolfo y de Catalina y conmigo era como mi protector y defensor y cuando podía me llevaba a todos lados aunque se enojara Rodolfo, era un gran jugador de futbol americano en la UNAM, hasta que le rompieron intencionalmente las rodillas y ya no jugó más.



Enfrente estaba la tintorería, nos regalaban el lodo que quitaban de los filtros metálicos y que salía de la ropa con gasolina o el limpiador de la ropa que era como una pasta a la que le prendíamos fuego con un cerillo y hacíamos como antorchas, varias de las dueñas de la tintorería eran remalladoras (reparan las medias de mujer), junto a la tintorería vivía la Familia Díaz, con los que nos llevábamos muy poco ya que eran más grandes que nosotros; junto a esa casa llego a vivir una familia de Veracruz, con los cuales hicimos muy buena amistad, uno de ellos trato de ser novio de Catalina, pero hasta ahí llego ya que estaba muy loco y así le decían, “el loco”, Roberto era uno de los veracruzanos con el que hice muy buena amistad y tenía un

hermano creo que Gregorio buen amigo de Ricardo. Todas las casas desde la nuestra hasta la última antes del baldío se conectaban por la azotea y era nuestro segundo lugar de juegos.

En nuestra casa teníamos todo y no teníamos nada, pero siempre encontrábamos buenas soluciones a nuestras necesidades, ya sea de zapatos, calzones o camisas, todo nos prestábamos, mis hermanos dicen que yo me los agandallaba, puede ser, pero no había de otra. Teníamos en la casa un calentador de ambiente de petróleo diáfano que en invierno era una verdadera delicia y calentaba toda la casa. También teníamos en la azotea un calentador de leña para al agua caliente del baño, al cual le poníamos “combustibles” que comprábamos en la tienda (bolsas de papel con aserrín y petróleo), y que para que calentara más le poníamos aceite para coches de unos botes que mi papá tenía en la azotea y que alguna vez vendió.



Mi papá era mi adoración, cuando tenía lana me llevaba al centro a comprarme ropa o a ver a su conocidos o amigos me sentía en el cielo ya que todos ellos lo querían mucho y se expresaban de él con gran cariño y admiración. Una vez me llevo a la Marquesa a un día de campo con sus amigos de trabajo y

montamos a caballo, corrimos los caballos a toda velocidad y el mío se tropezó y junto al caballo me fui rodando, mi papá se bajo de su caballo, me reviso y cuando vio que no tenía nada roto me dijo móntate y sigamos corriendo, y así lo hicimos y gracias a eso nunca tuve miedo de los caballos.



Mi mamá Cochita nos regañaba casi todo el tiempo porque nos peleábamos entre nosotros, porque no nos sentábamos a comer, porque no hacíamos la tarea de la escuela, nos tiraba de chanclos siempre afortunadamente con muy mal tino, pero por otro lado nos consentía en todo, nos educaba, nos enseñaba buenas maneras para comer en la mesa, nos aconsejaba en nuestros problemas, nos defendía, nos orientaba y nos daba de besos, era nuestra confidente y también era nuestra adoración.



Cuando mi abuelita Catita se vino a vivir con nosotros teníamos un gato pardo como atigrado que era de Rodolfo, al cual odiaba mi abuelita pues se hacía pipi y popo por toda la casa y todo apestaba, Rodolfo le compro una tinaja de tierra para gatos y lo empezó a educar para que hiciera sus necesidades ahí, y lo ponía dentro de la regadera y tina, cuando mi abuelita lo cachaba le abría la llave de la regadera y lo mojaba, cuando en la sala el gato pasaba, con un periódico enrollado le pegaba en la cabeza, pero cuando el gato veía a mi abuelita dormitar en el sillón de la sala, el gato le brincaba y le rasguñaba las manos, en fin su relación era complicada. Mi abuelita consentía a Eduardo como a ninguno de nosotros, escondía el jamón, el queso y hasta el pan de dulce de nosotros, para dárselo a él, pero a veces se le olvidaba en donde lo guardaba y este se podría y apestaba.



Durante un tiempo corto tuvimos en la azotea unas gallinas, en otra ocasión conejos y en otra hasta gansos, no sé si nos los comíamos o los vendíamos. En Santa Barbará en esa época me acuerdo cuando antes de navidad pasaban los vendedores por la calle arreando los pípilas (guajolotes) y mis papás los compraban vivos para la cena navideña, también en otras épocas pasaban vendiendo codornices ya peladas. Después del Solovino tuvimos otro perro, este²⁶

de raza pastor alemán, llamado Jack, con el que yo jugaba luchas todo el tiempo y me tenía las manos todas mordisqueadas, este perro odiaba a los mal vestidos, albañiles, gaseros, basureros, panaderos (de bicicleta y canasta en la cabeza) y se les tiraba a morder desde que entraban a la cuadra hasta que se iban.



Yo salía y acompañaba mucho a Catalina era muy celoso, cualquiera que le chiflara o le dijera algo me regresaba y les decía de groserías y de lo que se iban a morir y también quería pegarles, cosa que Cata, para mi fortuna nunca lo permitió.



Con Rodolfo el trato era poco ya que trabajaba y estudiaba, y cuando estaba en la casa se dedicaba a leer ya que eran un empedernido lector, no le gustaba que yo fuera con sus amigas ya que todos eran mayores que yo, pero me le escapaba y siempre andaba con ellos, que me llevaban a nadar a la alberca de C.U. ya que teníamos pases de entrada por la relación de mis papás con el rector el Dr. Nabor Carrillo Flores.

Teníamos un tío (todas las amistades de mis papás eran tíos y tías y sus hijos primos), fotógrafo profesional de mucha fama, Manuel Ampudia, un día que llegaba de jugar tochito sudado, mugroso, con los pantalones rotos, un casco desvencijado, sholders y rodilleras que hacíamos de la revista Selecciones, y él estaba de visita en la casa me llevo al estadio de Fut Bol de la UNAM que estaba en proceso de terminación y me subió a las gradas donde me saco una foto con mi raquíptico equipo de americano, foto que fue muy famosa y que gano algún premio, a mi me regalo un par de pistolas de fulminantes tipo vaquero que me enloquecieron de gusto.



Estos son unos pocos recuerdos de los miles que pueden ser.



NOSTALGIAS (PARTE III)

Por Ricardo Peltier San Pedro



LA CASA DE SANTA BÁRBARA 17

Tuvieron que pasar muchos años para tener el valor de regresar a la casa en la que transcurrió mi niñez. Durante buen tiempo evite pasar cerca de ella: prefería tomar calles y avenidas alejadas del rumbo, aunque ello implicara dar grandes rodeos. El sólo hecho de aproximarme a la Colonia del Valle me producía –y lo sigue haciendo- una profunda emoción, pues ahí viví una de las etapas más felices de mi existencia. Pasaron casi veinte años para que yo tuviera el valor de regresar a la calle de Santa Bárbara y plantarme frente a la casa marcada con el número 17. Pero mi valor hasta ahí llego, pues entrar a la casa ¡ni pensarlo! A esa casa llegue a vivir a los tres días de haber nacido, y de ahí me fui al cumplir los 13 años de edad. Mis padres - Fito y Cochita- me llevaron a esa pequeña –y a la vez enorme- casa el 12 de abril de 1950. Al llegar me encontré con la sorpresa de que tenía tres hermanos: Rodolfo de once años de edad, Catalina de nueve años y Roberto, de apenas cuatro años.

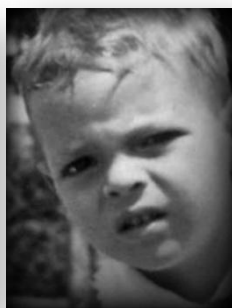


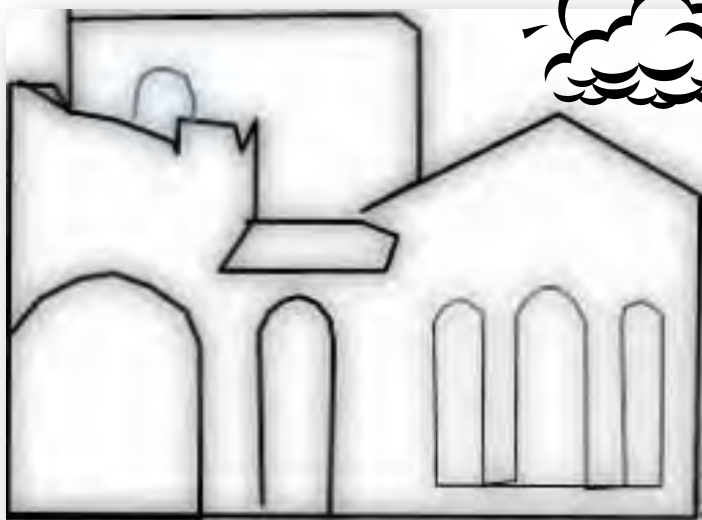
Los recuerdos que tengo de la casa durante mis primeros años de vida son vagos, pero a partir de los cinco años de edad -que fue cuando ingrese al kindergarten- son claros. Y lo son por una sencilla razón, en ese momento enfrente el primero de los grandes traumas de mi vida: ¡ir a la escuela!



El primer año de kínder y los primeros tres años de primaria fueron para mí fatales. Mis padres me mandaron a una escuela de monjitas. Al principio, yo era el único alumno de la escuela y el salón de clases estaba en la cochera de una pequeña casa, en la calle de Adolfo Prieto, a media cuadra de Concepción Beistegui. Aunque en el segundo año la cosa mejoró, pues ingresaron dos alumnos, fue relativo, pues fueron ¡niñas! En el tercer año la escuela se cambió a una casa un poco más grande en la calle de Gabriel Mancera, y creció de manera descomunal: se inscribieron siete alumnos. Luego, para que yo estudiara el cuarto año de primaria en una escuela “normal”, se les ocurrió a mis padres la brillante idea de mandarme al Colegio Williams, en la Colonia Mixcoac. El pasar de una escuela de diez alumnos a una de mil quinientos resultó para mí –como es comprensible- traumático, así que reprobé el año. De ahí fue a parar al Colegio de las Américas, ubicado a un lado del Estadio de la Ciudad de los Deportes. De puro milagro logre pasar el

cuarto año de primaria. Pero ahí no acaba el vía crucis, al contrario. Como la situación económica de la familia se complicó, mis padres me enviaron a estudiar el quinto y sexto año de primaria a una escuela de gobierno, al Colegio Guadalupe Victoria, en la Colonia San Ángel Inn. Y para que el trauma fuera definitivo, resulta que al asistir a mi primer día de clases me encontré con la novedad de que ya no había lugar para mí en el salón de hombres, por lo que la directora de la escuela decidió salomónicamente que asistiera al de ¡mujeres! Para fortuna mía Dios existe, ya que luego entraron otros tres niños más al salón. Así que junto con mis tres nuevos amigos –Juan Puga y los hermanos Eduardo y Jorge Bulnes- enfrente estoicamente durante dos largos años, tanto las travesuras de las cincuenta niñas de nuestro salón –mejor dicho, de su salón-, como la burla generalizada de los demás niños de la escuela.





La casa de Santa Bárbara 17 fue construida en 1937 en la Colonia del Valle, una de las primeras zonas urbanas que se desarrollaron en la periferia de la ciudad de México, para alojar a la incipiente clase media que estaba surgiendo en el país. Cuando mis padres se mudaron a esa casa, la población de la ciudad de México no llegaba a dos millones de habitantes. La casa era pequeña –en realidad lo es, por que todavía existe- y su estilo arquitectónico es inconfundible; es similar a las que uno ve en los pueblos de Canadá, aquellas casitas hechas de madera con un techo de dos aguas, un pequeño jardín al frente y una escalinata en la puerta principal.

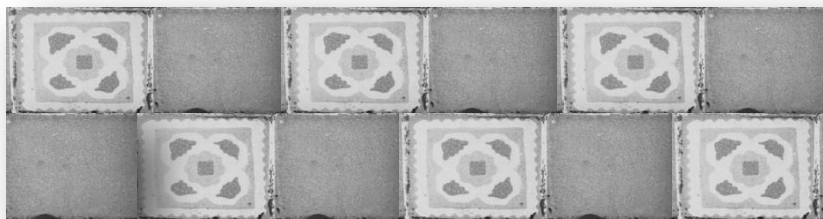
La casa de Santa Bárbara 17 es pequeña y de una sola planta. La sala y el comedor, al igual que la cocina, son reducidas. El techo de la sala es sin embargo alto, pues es de dos aguas y está sostenido por vigas de madera, lo que da una sensación de amplitud; a ello contribuye también el que las ventanas de la sala miren a la calle.

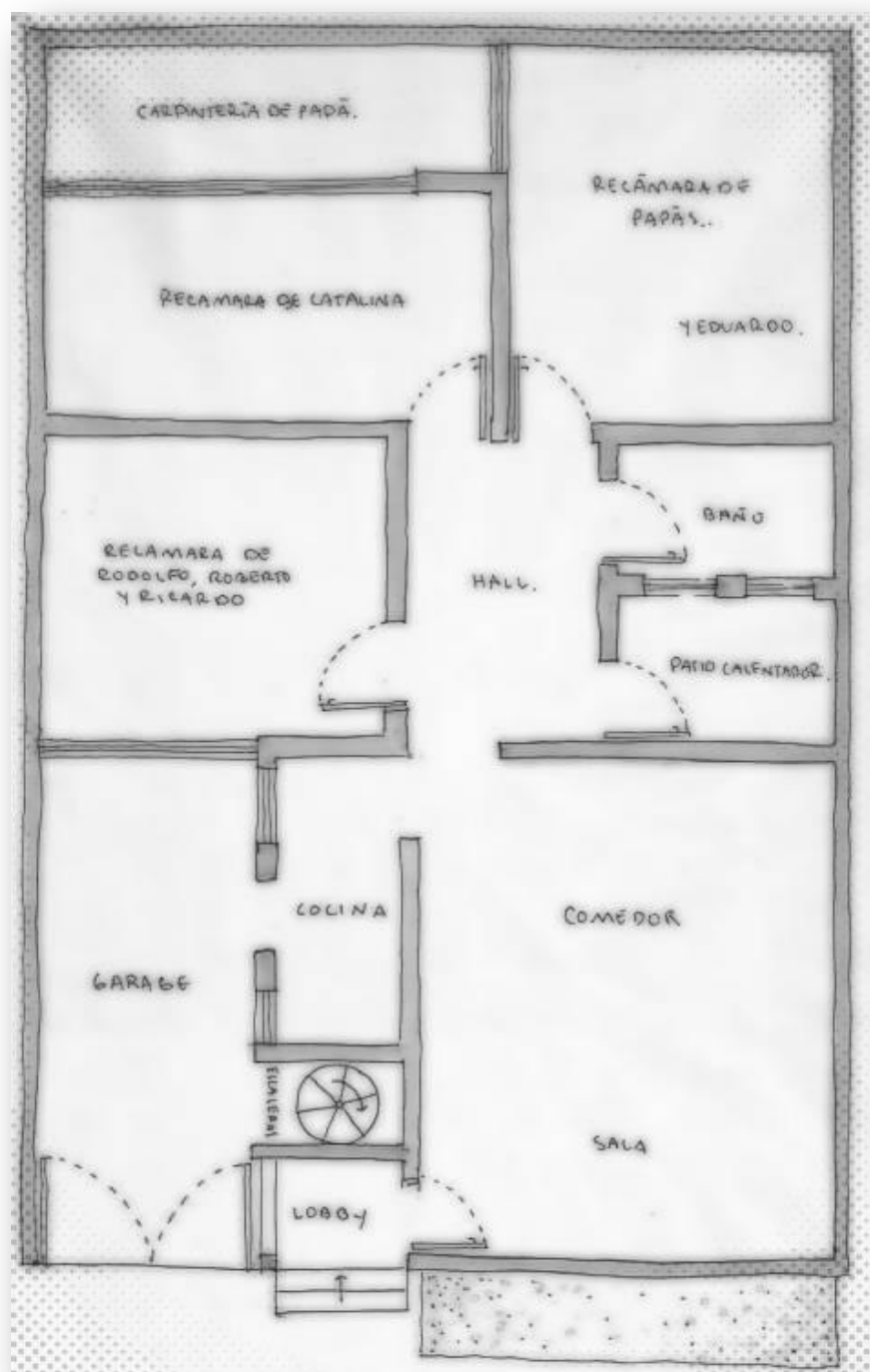
Por otra parte, la recamara principal -la de mis papás- es amplia y está ubicada al fondo de la casa, en la parte derecha, y frente a ésta, está la recamara de mi hermana Catalina. La otra recamara, la que ocupamos Rodolfo, Roberto y yo, se ubica frente a la entrada del baño, en la parte central de la casa.

El baño, a su vez, tiene una ventana que da a un pequeño patio, en donde mi padre instaló un enorme tanque de petróleo para abastecer el calefactor de la casa.

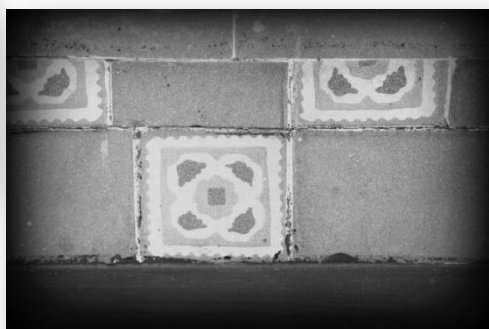
Al fondo de la casa hay otro patio, un poco más grande, en donde mi padre acondicionó un taller de carpintería, oficio en el que era diestro ¡Como olvidar la recámara que le construyó a mi mamá cuando se casaron! El tocador todavía existe, está en casa de mi hermano Roberto, y una credensa en la casa de mi sobrina Gabriela, la hija de mi hermana Catalina.

Al lado izquierdo de la entrada principal de la casa, está la puerta de la cochera, la cual tiene un portón de madera. Al fondo de la cochera, en la parte descubierta, hay una pequeña fuente y atrás de ella, está la ventana de mi recamara. Esta ventana, por cierto, yo solía utilizarla para entrar a la casa, para evitar tener que cruzar por la sala y el comedor, que siempre estaba repleta de tíos, tías y amigos de mis padres que a diario visitaban la casa desde el mediodía hasta la noche, para “tomar la copa”.





La fachada de la casa, que define su peculiar estilo arquitectónico, se caracteriza principalmente por el techo de dos aguas que cubre las ventanas de la sala - las que dan a la calle- y las cuales están resguardadas por un barandal de madera. Exactamente en medio de la casa se encuentra la puerta principal, hecha con barrotes de madera. A un lado de la misma, del lado izquierdo, está la puerta del garaje, que está coronada por un arco. La parte baja de la puerta del garaje está cubierta de madera, en tanto que la parte de arriba tiene barrotes. Todo lo que es de madera, está pintado de color café oscuro. La fachada de la casa es blanca,



lo que contrasta con el color rojo de la teja del techo de la sala y del cuarto principal de servicio, el que está ubicado en la azotea. En efecto, en la azotea de la casa hay dos cuartos de servicio y un gran tendedero de ropa. El cuarto más grande tiene una pequeña terraza con vista a la calle, en tanto que el otro está ubicado en la parte posterior de la casa, y es en donde está instalado el “boiler” que calienta el agua, y el requiere para su funcionamiento de algunos pequeños paquetes de a serrín empapados de aceite, que son prendidos con cerillas.



La casa de Santa Bárbara 17 es sin duda el referente obligado de la historia familiar. A esa casa se fueron a vivir mis padres –Rodolfo Peltier Rivas y Catalina San Pedro Bungey- luego de casarse el 6 de diciembre de 1936. La casa fue el regalo de bodas que les hicieron mis abuelos maternos Eduardo San Pedro Salem y Catalina Bungey Wellington. En esa casa vivieron mis tres hermanos mayores toda su niñez y parte de su juventud, en tanto que yo sólo viví mi niñez. Mi hermano Eduardo, el menor de todos, vivió en ella tan sólo un año.

Los primeros habitantes de la casa fueron mis papás y ¡para sorpresa de propios y extraños! mi primo Carlos Girón Peltier, quien a la edad de 14 años fue depositado ahí por sus padres. En efecto, a las pocas semanas de haberse casado Fito y Cochita, se presentaron en la casa mi tía Josefina Peltier Rivas – hermana de mi papá- y su esposo Carlos Girón Landell, para pedirles a mis padres que hospedaran una temporada a su hijo, en tanto éste concluía el bachillerato en el Liceo Francés, pues tenían que partir rápidamente a la Ciudad de Torreón, en donde mi tío había conseguido un empleo. Jaime Girón Peltier, el hermano menor de Carlos, vivió también unas temporadas en la casa.



Otro de los habitantes de la casa, fue doña “Cipriana”, la nana que cuidó a mis hermanos y a mí por muchos años, y que fue en realidad nuestra “verdadera madre”. Cuando ella se marchó inesperadamente de la casa con su hijo Miguel, llegó en su lugar la “Pachita”, quien permaneció también con nosotros muchos años. Los otros habitantes de la casa fueron dos perros: primero fue el “Solovino” –que un día llegó a la casa, sin más, y fue rápidamente adoptado- y luego el “Jack”, un pastor alemán negro bastante travieso, al cual mi madre un

día le dio un “equanil” para que se calmara, pues el perro había agarrado la costumbre de saltar sobre la mesa del comedor cuando la familia se reunía a comer. Después del “equanil” el “Jack” se convirtió en el “tapete” permanente de la entrada principal de la casa, sobre el cual tenía que brincar todo aquel que entrara y saliera.



Los vecinos de la calle de Santa Bárbara son un capítulo aparte de la historia de la familia. ¡Cómo no recordar a los Ferrer! que vivían en la casa de enfrente. Recuerdo que todos los días al llegar de la escuela, lo primero que hacía era ir corriendo a la cocina de la casa de la señora Margarita Ferrer —madre del “Chacho”— pues la cocinera que tenían hacía unas tortillas de maíz y unos frijoles exquisitos. ¡O la familia de los Lerma! que vivía a tres casas de nosotros, y cuyo parentesco con el “Negro Durazo” era aprovechado por mis hermanos y los demás vecinos de la calle para evitar las multas de tráfico, ya que al cometer alguna infracción, simplemente se le comentaba al policía de tránsito que los detenía de la “cercanía” que se tenía con el “Negro Durazo”, y este simplemente pedía disculpas y se retiraba.

¡Y cómo no recordar a Manuel Blancas! quien vivía en la casa de la esquina de Santa Bárbara y Magdalena, y quien trabajo muchos años con mi hermano Rodolfo en la Lotería Nacional. ¡Y por supuesto! como no acordarse de los muchos amigos de las otras calles de la Colonia del Valle, que al final pasaron a formar parte de la “palomilla” de la calle de Santa Bárbara, como Rafael Ramírez Heredia –quien se convirtió en un famoso escritor y quien una vez me “cacho” al saltar de la azotea de la casa, pues me creía Superman- o de Bruno, o del “Conejo” –el eterno pretendiente de mi hermana Catalina-, o de Roberto Fink o del “Chícharo”. Fueron tantos y tan entrañables los vecinos y amigos de la familia, que se requeriría de muchas páginas para recordarlos a todos.

Un personaje pintoresco de la calle de Santa Bárbara fue el “Machicha con Hueso” –el barrendero de la colonia– el cual, decían mis hermanos para molestarme y hacerme sufrir, era mi verdadero padre. Un día estaban en la casa de Santa Bárbara 17 varios amigos de la familia tomando la copa, entre los que se encontraban importantes funcionarios y colaboradores del gobierno del presidente Adolfo López Mateos, cuando de manera imprevista se apersono en medio de la sala el “Machicha con Hueso” –el mencionado barrendero- y que para sorpresa de todos, y claro está, previa invitación de mi madre, se sentó en el sofá principal de la sala, en medio precisamente de don Eduardo Bustamante, el flamante secretario de Patrimonio Nacional, y de su distinguida esposa la “Cuca”. Una vez que termino de tomar su “cuba libre”, dio las gracias y se retiro de la casa rodeado de varias docenas de moscas!

A diferencia de mis tres hermanos mayores, yo tenía pocos amigos de mi edad. Rodolfo, Catalina y Roberto en cambio, tenían muchos, con los cuales se pasaban todo el día jugando en la calle. Yo, acaso, tuve dos o tres amigos. Por lo tanto, me convertí en un niño solitario. Me pasaba la mayor del tiempo jugando solo en mi recámara.

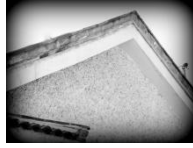


Recuerdo que un día estaba jugando con mis soldaditos de plomo, por lo cual había colocado varias almohadas en el piso de mi habitación para que estas sirvieran de “montañas” y poder así colocar a los dos ejércitos en posición estratégica de ataque. En esas estaba yo, muy concentrado, cuando de manera intempestiva entró a la habitación la señora “Dora” Becerra, una amiga de mi mamá, la cual pesaba unos 130 kilos, y que se encontraba en la casa jugando a las cartas con mi mamá y otras amigas. Como la señora “Dora” era muy gorda, normalmente tomaba los cojines de la sala para colocarlos sobre la silla, y poder así estar cómoda.

En esa ocasión los cojines no estaban, pues se los habían llevado a lavar. A la señora “Dora” se le hizo muy fácil entrar a mi recamará, hacer a un lado de manera abrupta parte de mi ejército y llevarse así, sin más, una de mis almohadas. En ese momento –como es comprensible– la furia se apoderó de mí. Fui rápidamente a la carpintería de mi papá, agarre uno de

sus martillos y como energúmeno me encamine hacia el comedor, en donde estaban las señoras jugando al póker. La señora “Dora” se encontraba cómodamente sentada, con la almohada debajo de su gran “derrier”. Me pare en la puerta de la entrada del comedor y con la mirada puesta en la señora “Dora”, que se encontraba en la cabecera de la mesa, en el extremo opuesto en donde yo estaba parado, dije lo siguiente “...pinché vieja cabrona, hija de su chingada madre, porque agarro mi almohada...” dicho lo anterior, procedí a arrojarle con todas mis fuerzas el martillo, el cual siguió la trayectoria por mi prevista para que se le incrustara directamente en la cabeza, pero para fortuna de la familia y, sobre todo, para fortuna mía, la señora “Dora” giró la cabeza hacia la izquierda con una velocidad inusitada, logrando esquivar el martillo, el cual se fue a impactar en la pared del comedor, provocando un tremendo hoyo, el cual mi padre tuvo que resanar y pintar al día siguiente de mi i primer intento de asesinato!





A pesar de sus intentos, Ricardo no mato ni a Dora Becerra, ni a nadie. Y que bueno, porque fue por Dora que yo pisé el teatro por primera vez, cuando le dio boletos a mi mamá para que me llevara al Teatro del Bosque. Llegamos tarde esa mañana, pero al entrar y ver el escenario y los actores llenos de luz y voz, me enamore del teatro para siempre.

De Dora también recuerdo que mi mamá nos regañaba cuando nos sentábamos en un sillón usando una rodilla para dejarnos caer, entonces ella gritaba, ¡no te sientes como Dora Becerra!

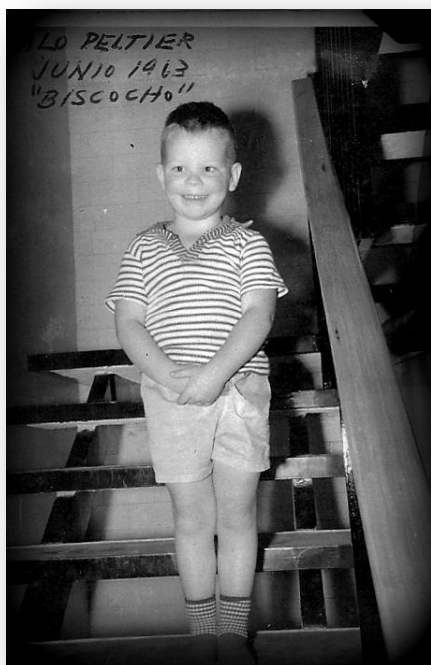
NOSTALGIAS (PARTE IV)

Por Eduardo Gregorio Peltier San Pedro



Santa Bárbara 17.

Yo de Santa Bárbara 17 no me acuerdo de nada.



Soy Eduardo, el tumor con patas, dicen que también me decían recórcholis, el biscocho, aunque fui mejor conocido como el Pillido. Soy el pequeño de la familia, el que no esperaban, el que llegó de sorpresa, el que le quito el trono al Rey Ricardo, el consentido de mamá y papá, pero sobre todo de la abuela Catita. Tuve el privilegio de tener tres mamás: Cochita, mi abuelita Catita y mi hermana Catalina; cada una me consintió, me quiso, me cuidó y jugó conmigo a su manera. Así crecí rodeado de tres mujeres hasta que un día, cuando yo tenía 4 años, Catalina, se dio la vuelta y se casó con Gilberto, me dejó llorando y con ganas de irme con ellos a la luna de miel. Fui arrullado con la canción ranchera Mi Caballo y Mi Perro.

Mi mamá se dedicó a cuidarme al igual que Catita, la mejor abuela que alguien hubiera podido tener en el mundo; fui el más privilegiado de mis hermanos porque ella me cuidó más que a su propia vida. Me quiso enormemente, me alimentó con lo mejor que podía esconder de mis hermanos en las épocas de crisis (jamón, tocino, pastelitos...), me cuidó muchísimo, me enseñó cosas, cada noche por ejemplo, me contaba los mejores cuentos infantiles, algunos de ellos seguramente de tradición familiar y otros tantos inventados por ella. Como olvidar los cuentos de la Gallinita Robada o de los tres niños que se fueron de polizontes en un barco.



Como dice la historia de la familia mi abuelo salvó a mi abuela de aquella tragedia familiar que ella vivió a los 15 años con la muerte de sus padres en el caluroso, polvoriento y petrolero Puerto de Tampico. Y yo de alguna manera salve a mi abuela de la pena de haber perdido a Don Eduardo Modesto, un abuelo al que no conocí y del cual pues no tengo recuerdos, más allá de dos o tres fotografías y algunas anécdotas que contaban mi mamá y mi abuela, como por ejemplo, que le ganaba a las vencidas al actor Pedro Armendáriz, o que le cabía una docena de huevos en una sola mano. Obvio es que me llamo Eduardo por mi abuelo, pero que yo sepa no tengo nada parecido a él mas allá de rascarme la espalda contra el marco de las puertas.

La Patrulla Juvenil.

Aunque no tengo recuerdos de Santa Bárbara 17, si tengo muchos de aquella forma de vivir de mis papás, “la casa vive como quieras”. Mi infancia trascurrió en ver tomar la copa, en reuniones todos los fines de semana y en ser el comprador de botanas, refrescos y Bacardí blanco en cualquiera de sus presentaciones: la pachita, la pata de elefante, la tres cuartos, el litro completo. Siempre había alguien en la casa: Juan Manuel García, Tomás Ennis, Raúl Méndez, un ex novio de mi tía Alicia, Eugenio, apodado el Gato.

Por su parte las amigas de mi mamá son inolvidables, son una presencia grata, aunque abrumadora para un niño de 8 años de edad.

Laura y el Chaparro Alemán. Él era padrino de mi hermano Ricardo, es una amistad que nació en Santa Bárbara y termino en los primeros meses de nuestra vida en Alberto Balderas. El chaparro era transa y flojo, simpático y muy borracho. Laura era tierna, rara y alcohólica como el marido. El Chaparro Alemán, entrañable amigo de Cochita un día se hizo el enojado después de muchos abusos de confianza y jamás los volvimos a ver.

La Chepa. Se llamaba Josefina, tenía una hija rica con la que vivía en Echegaray. La Chepa siempre iba a casa y se quedaba a dormir en el sillón de la sala; no sé por qué ella y Cochita se hicieron amigas, creo que las presento mi tía Alicia, pero siempre estaba ahí, tomando la copa y fumando cigarros Salem. Era buena persona y su pelo platinado y bien peinado era algo que la distinguía, se ponía unas borracheras de antología. Un día que se cayó en un hoyo de la calle, se enojo con Cochita y jamás regreso a la casa.

Martha Gregersen. Ella en realidad primero fue amiga de mi abuela Catita pero después, con los años se convirtió en amiga de mi mamá. A pesar de su edad, Martha era una mujer espectacularmente guapa, tenía unos hermosos ojos verdes que contrastaban con el negro de su cabello. Recuerdo que desayunaba pollas de jerez, quizás por eso murió de cirrosis. Ella enviudó del señor Gregersen quien era un empresario sueco o danés que vivía en México amigo de mis abuelos. Nunca tuvieron hijos.

Betty Lou Clynes. Conocida como la Bery, era prima hermana de mi mamá y una de sus grandes amigas hasta el último momento. Mi tía era súper simpática, nunca se casó, siempre fue de echar mucho relajo, mucho grito y de tomar la copa. Odiaba con toda su alma el cigarro y a los fumadores. El primer tequila que probé en mi vida fue un petróleo* preparado por ella, yo creo que tendría seis o siete años... era tan simpática, tan buena para los chistes y para bailar, le fascina el jazz. Al final de su vida le dio cáncer en un seno y la operaron, quedo bien, pero después le quitaron un ojo y quedo tuerta y no veía nada de nada, además de que era sorda como una tapia, pero a pesar de todo y hasta el final de su vida seguía con su grito de batalla, pues cuando le preguntabas cómo estaba, contestaba a todo pulmon... “a toooooooda maaaaadre”.

*El mito familiar dice que el petróleo es una bebida inventada por mi Tía Amalia, hermana de mi abuelo Eduardo y mamá de Betty Lou. Lleva tequila blanco, una pisco de sal, mucho limón y mucho jugo Maggi que le da el color oscuro como el del petróleo.

Martha Méndez. Hermana de Raúl, fue otra gran amiga de Cochita. Recuerdo una mañana de fin de semana que sonó el teléfono y era Martha, estaba llorando y

apenas le entendía, yo tendría como 14 años, les pase el teléfono y le dijo a Cochita que su hija Martita había muerto en España envenenada con el atún de una lata, junto con otras tres amigas con las que estudiaba. La noticia salió en 24 horas con Jacobo Zabłudovsky. De Martha también recuerdo que era la recepcionista del dermatólogo que me atendía el acné y eso siempre ayuda para pasar primero. Martha era chaparrita, pero su buena onda era enorme.

Maru, cuyo nombre real era María Isabel Sánchez Lacal, era una española que había enviudado de un aviador que se accidentó mientras vivían en México. No se pudo regresar a España y se quedó para siempre en México. Maru era todo un personaje. Era chivera, es decir, traía fayuca de McAllen o de Brownsville. Su pelo teñido de rubio dorado, boca delgada y rosa, pantalones de punto, blusas de colores y lentes gruesos de esos que se oscurecen con la luz, pero siempre estaban oscuros la identificaban perfectamente. Maru era buena para cocinar pero Cochita nunca lo aceptó. Hacía unos calamares rellenos, de antología. Siempre fumaba Raleigh 100 y tenía una copita de ron que degustaba durante el medio día.



La vida la puso de nuestra vecina y con los años acabo viviendo con nosotros y Cochita, y años más tarde con Roberto y después con Ricardo hasta que murió. Maru era necia y sorda como pocos, tejía bufandas todo el día y se peleaba y discutía con Cocha como dos hermanitas. Hablaba poco y reía menos. Eso sí, el acento español jamás lo perdió, parecía recién bajada del barco. Lo que es más cierto que nada es que ambas amigas se querían muchísimo.



Todos ellos y ellas formaban lo que alguien apodó como La Patrulla Juvenil, en referencia a un programa de TV policiaco de los años 70's. La Patrulla estaba complementada por otros personajes que aparecían y desaparecían repentinamente. Anabel Granados de Costa Rica, María Elena de ojos verdes muy guapa que llego al final, la Dolly una señora de mucha edad, de pelo cano muy guapa, bien arreglada y con mucho dinero, que decía que yo era su novio; la leyenda dice que murió de un hueso atorado en la garganta mientras comía en un restaurante.

La Patrulla Juvenil la comandaban por supuesto mi mamá con Tomás Ennis y Juan Manuel García, un amigo muy querido de ella que era muy desmadroso, mal hablado, tomador, le encantaba la pachanga, era divorciado de la guapísima Shearly. Juan Manuel fue parte fundamental de mi infancia, me caía pésimo, casi lo odiaba porque pensaba que pretendía mi mamá, aunque no era cierto, era su gran y querido amigo. Un día Juan Manuel enfermo de un irremediable cáncer y una noche se quito la vida.

Raúl Méndez era otro de los integrantes de la Patrulla Juvenil, luego a la casa “vive como quieras”, a finales de los años sesentas, siempre estaba en las pachangas con su gran bigote; era soltero, divorciado y casado, un poco de todo, pero siempre amable, parsimonioso y respetuoso con todos nosotros.

A Tomas Ennis siempre lo recordaré con gran cariño; él me enseñó cómo ser un caballero con las damas, me enseñó que un verdadero hombre puede distinguir sin tabúes y sin prejuicios a un hombre guapo y no solamente a las mujeres guapas. Tuvo varias esposas y varios hijos, pero la última era una gringa celosísima de mi madre, pero que era un encanto de mujer, Donna, quien nunca aprendió bien el español; con ella procreo a Tomas Jr. quien fue la verdadera adoración de sus padre.



Un día a la semana Cochita y otras amigas, no las de las pachangas, otras, jugaban a la baraja, otro de los vicios de las San Pedro y que hasta Catalina mi hermana heredo. Todos los Peltier y los San Pedro en algún momento de nuestras vidas hemos sido aficionados o tahúres de la baraja, en mi caso eso sucedió a los 7 años.

Baltimore y San Borja

En 1961 dejamos la casa de Santa Bárbara para cambiarnos a la colonia Noche Buena a la calle de Baltimore 80, de ahí tengo leves recuerdos... una casa soleada en tonos verdes en donde mi mamá cocinaba, eso es todo. Hoy, en el 2012, en ese predio, están construyendo un edificio de varios pisos.



Después nos cambiamos a la casa de San Borja 108-A en la colonia Del Valle. De ahí tengo mis recuerdo más lejanos: mi papá haciendo una escalera de madera y yo ayudándole; mis hermanos con mi papá deshaciendo y volviendo a hacer el Dimafon, esa grabadora y reproductora alemana de la marca Assmann con un disco metálico color rojo como de paño que estaba hecho con un polvito que se pegaba al disco y usaba unas agujas en forma de V que eran increíbles. El Dimafon reproducía todos los sonidos que se grababan. Durante muchos años, como un recuerdo de mi padre, en mi casa estaba guardada en la credensa del comedor una cajita de plástico con varias agujas para el Dimafon.



AssunCun



El Dimafon era una de las cosas que mi papá empezó a vender después de que se quedó sin trabajo. A mi papá le apasionaba, es cierto, la carpintería, pero también la electricidad y la electrónica, él deshacía y rehacía lo mismo un radio, que un tocadiscos o algún aparato eléctrico, todas esas cosas se las enseñó a todos mis hermanos, además de técnicas de reparación de pintura, de carpintería, plomería, etc. Entrando por la puerta principal, del lado derecho estaba la guardilla de mi papá, llena de herramientas y botes de pintura, recuerdo perfectamente ese espacio, casi sagrado de nuestra casa en San Borja.

Uno de los recuerdos más bonitos que tengo de esos días, es la preparación de las esferas de navidad, en donde mi papá, con Roberto y Ricardo hacíamos una pasta de jabón Fab en la cual se metía la base de las esferas, las sacaban y se producía un copo de nieve que caía. Gracias a esa técnica, la casa esa navidad olía a jabón y pino.



También recuerdo de San Borja, un pollito que alguna vez mi mamá me compró en el mercado y que yo decidí bañar con jabón y agua helada; fue Roberto quien trató inútilmente de salvarlo secándolo sobre su panza al rayo del sol que entraba por la ventana de una habitación llena de aviones de control remoto que armaban mis hermanos con la ayuda de mi papá.

En San Borja aprendí a hacer un tronido con la boca que me enseñó Catalina, me hizo practicarlo cientos de veces hasta que me convertí en un experto; algunos años después mi gracia salió en televisión nacional en un programa de El Loco Valdés donde yo era uno de los invitados.

De esa casa también recuerdo una de las cosas más hermosas de Catalina, su perfume, ella usó toda la vida L'air du temps de Nina Ricci. Aire de los Tiempos era Catalina y Catalina era L'air du temps.



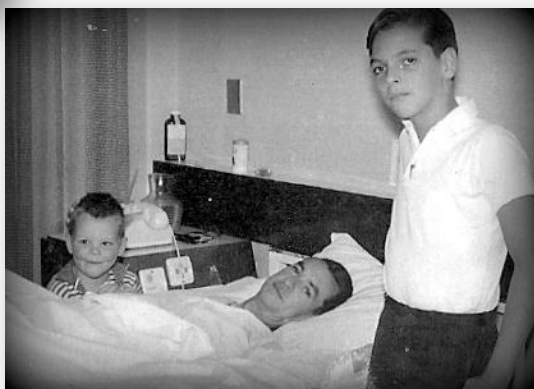
En la casa de San Borja se celebró la boda de Catalina. Una boda donde mi papá llegó convaleciente del hospital, pero en donde hubo mucha alegría y mucha convivencia, donde estuvieron mis primos, la familia, los amigos, los tíos; todos estuvieron en la boda de Canis y Gilberto. A pesar de la alegría de los novios y la familia, para mi fue un día triste, mi hermana querida, una de mis mamás se iba y no me quería llevar a su luna de miel, mi maleta estaba lista, pero los novios no me quisieron llevar. MI regalo de bodas, a pesar de la tristeza, fue un caballito verde de vidrio soplado, que Cata guardo por varios años y después desapareció.



Arizona 39 departamento 1.



Con mi papá que entraba y salía de los hospitales, cada vez mas enfermo, nos cambiamos a un departamento, nuestro primer departamento, en la calle de Arizona 39 número uno, en la colonia Nápoles, siempre por el rumbo de Santa Bárbara



En Arizona 39 pasé mi infancia. Lo que mis hermanos describen de mis papás es tan parecido a lo que yo viví en mi época. Siempre había fiesta, comida, buen humor, siempre había festejo y alegría.

Un día mi mamá me llevó a que me quedara en casa de la portera del edificio, la señora Esther; ahí me estuve largas horas viendo Hechizada, pero yo estaba con algo de fiebre y en la noche me llevaron a casa de los papás de Gilberto mi cuñado, al cuarto de Silvia su hermana. Creo que ahí estuve un par de días hasta que por fin regresé a mi casa de Arizona 39. Cuando llegué era de noche, había muchísimas personas en la casa, la familia, los amigos, los vecinos de Santa Bárbara, pero no estaba la alegría de siempre. Mi mamá me llamó a la recámara y ahí me dijo, en medio de ese enorme cuarto, que mi papá había muerto y que ya no regresaría. No entendí nada, no creí nada. 55

Ahora empezaba una nueva época para la familia, lejos de Santa Bárbara y sin mi padre. Una época en donde Cochita tendría que sacar fuerzas para enfrentar su nueva vida y Rodolfo tomar la batuta de la familia.

La muerte de Fito fue dolorosísima para Cochita, nadie mejor que Ricardo y yo lo sabemos, porque fuimos mudos testigos de muchas noches donde estuvimos a su lado mientras lloraba inconsolable y pedía por mi padre. Noches en que ella caía en la desesperación ante una nueva vida que no sabía enfrentar, noches en que sus dos pequeños hijos, un adolescente y un niño, la contemplaban con angustia por no poder hacer nada por ella. Pero la Cocha es la Cocha y de la nada, saco unas increíbles fuerzas, llenas de alegría, aspavientos y energía para sacarnos adelante... y así empezó a vender conmutadores y cuantas chácharas se le ponían enfrente, hasta que varios años después se convierto en inspectora de mercados de la Secretaria de Economía, lo que la llevo a recorrer mercados por toda la ciudad checando precios y haciendo amigos.



La anécdota que cuenta Roberto de los arañazos de nuestro gato Micho en las piernas de mi abuela Catita sucedió realmente en el departamento de Arizona 39.

Cerrada de Alberto Balderas N° 7 – 2.

Rodolfo fue más mi papá que mi hermano, él me cuidó, me regañó, me volvió a regañar, me educó, me cuidó, me protegió, me consintió, me en-



señó a manejar, me regañó de nuevo y me enseñó a reírme mucho. Mi relación era de mucho respeto y de mucho cariño. Después de terminar la carrera de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas en CU y de trabajar algunos años consiguió una beca en la Universidad de Stanford, en San Francisco California. Estuvo un año allá. Cuando regresó a México, las cosas ya no fueron iguales. Él ya no regresó Arizona 39, regresó a nuestro nuevo departamento ubicado en la flamante Cerrada de Alberto Balderas número 7, departamento dos en la Colonia Noche Buena, junto a la Plaza de Toros México; siempre en el mismo rumbo, siempre cercanos a nuestra casa original de Santa Bárbara 17.



En Alberto Balderas seguíamos teniendo el ambiente de la casa “vive como quieras”, pero a Rodolfo no le gusto nada. Cuando regresó nos regañó porque habíamos escogido un departamento que no le agradaba. Para ese entonces ya vivía con nosotros un pequeño gato llamado Micho, quien se enamoró de Rodolfo y se hicieron grandes amigos. Micho siempre respondía a las caricias y al cariño de Rodolfo, siempre estaba pegado a él y 20 minutos antes de que llegara a comer a casa, el gato se paraban a la orilla de la ventana a esperar su llegada; esa era la señal de que Rodolfo estaba a punto de aparecer. Un día se salió de la casa y como buen gato nunca más regresó.

Mi mamá se distinguía por cocinar super rico, eran famosos sus guisos y los inventos que hacía; a todo le ponía mantequilla y Rosa Blanca, todo sabía delicioso. Para que la comida alcanzara siempre le agregaba algo y jamás escaseaba, ella decía, “donde comen 4, comen 6 o más”. Recordar a Cochita es recordar la buena comida y los platillos especiales que solo ella podía cocinar.

Una de mis cosas favoritas, que es una tradición familiar que ha durado hasta nuestros días, a pesar de la ausencia de Cochita, son los desayunos de bocoles; esas pequeñas gorditas de maíz y manteca, que rellenamos con mantequilla, con frijoles negros refritos y huevo revuelto la mexicana, y que es un perfecto desayuno que sigue juntando a todos a los hijos, nietos y bisnietos de Cochita. Ojalá que los desayunos con bocoles sea una tradición familiar que no se pierda en las siguientes generaciones.

Mi infancia la viví en Arizona y en la cerrada de Alberto Balderas, fui un niño un solitario, no tenía muchos amigos excepto los del edificio de Arizona que cuando éramos pequeños jugamos a las barajas. Éramos fanáticos del ocho loco. Después tuve muy pocos amigos, algunos en la primaria, otros pocos en la secundaria y la prepara, hasta que encontré a los amigos de verdad y para toda la vida en la universidad. Pablo, Diana, Sergio, José Luis, Alejandra, Araceli, Roció...

Nunca tuve una palomilla como mis hermanos, ni me iba todo el día la calle a jugar. Más bien fui un niño encerrado, taciturno, que durante las vacaciones extrañaba terriblemente la escuela.

En casa estaban mi mamá, mis hermanos que llegaban de noche, y seis meses al año mi abuelita Catita, quien se pasaba la otra mitad del año en Ciudad Mante con mi Tía Alicia, mis primas Alicia, Claudia y el Pato.

Ese ambiente de pachangas, de juegos de baraja, de tomar la copa, de la casa “vive como quieras”, inicio en Santa Bárbara 17, pero perduro hasta Cerrada de Alberto Balderas número 7 Departamento 2... perduró hasta que mi mamá murió en el año de 2005



Nostalgias al Vuelo...

El Príncipe.

En efecto, mi abuela me consintió muchísimo. Siempre procuraba lo mejor para mí sobre mis hermanos. Siempre fui su consentido, esa es la forma que ella encontró para aliviar la pena por la pérdida de mi abuelo.



Mi prima Alicia y yo fuimos los consentidos y eso es sabido por todos. A ella la trataba como a una reina, y a mí me trato de convertir en un príncipe inglés, pero no tuvo éxito, aunque si me hizo caprichudo y consentido; pero también con tanto amor, hizo de mi una no tan mala persona.



Mi hombrecito adorado.

Obviamente el más grande amor lo recibía mi madre. Recuerdo con precisión sus apretones de manos y uñas, su desesperación al abrazarme y decirme mi hombrecito adorado, mi angelito. Cochita me apretujaba con una emoción que jamás he vuelto a sentir. Esos abrazos desesperados de mi mamá con ganas de comerme, era lo mejor de la vida. La única persona que me recuerda esos apapáchos es Andrea mi hija, ella heredó las ansias y las manos mágicas de Cochita.

El idioma de la “i”.

Mi mamá inventó el idioma de la “i”, una forma de hablar muy extraña en donde la letra “i” sustituye al resto de las vocales. Este “idioma” lo usaba sobretodo con su hermana Alicia cuando una le decía la otra cosas que no querían que los hijitos entendiéramos. El idioma de la “i” requiere de mucha velocidad para que los otros no lo comprendan. Con el tiempo yo lo aprendí muy bien y lo practique muchas veces con mi mamá, nos daba muchísima risa hacer que Ricardo no entendiera nada de nuestras conversaciones; era una especie de complicidad entre Conchita y yo qui isibimis sibri tidi piri milistir i Rikirdi.



La Bocana.

La Bocana, restaurante de pescado y mariscos, que estaba en la esquina de Santa Bárbara e Insurgente fue refugio para muchos de nosotros. Cochita siempre contaba la anécdota de que un día, parada en esa esquina esperando ver pasar en su recorrido al Presidente Adolfo López Mateos, cuando este paso frente a ella, la Cocha le mando un saludo y el Señor Presidente se lo devolvió. Eso bastó para que ella dijera a los dueños de La Bocana que eran amigos de toda la vida y las puertas del restaurante se nos abrieron para fiar a los niños Peltier comidas, helados y botanas, que luego Don Fito se las veía duras para pagar. De La Bocana además del cariño de los meseros por mí, recuerdo su rico pescado a la Menier y el delicioso coctel de camarones.

Buuuuu!!!!.... ahhhhhhh

Nadie mejor en este mundo que Ricardo para espantarme. Pasó muchas horas de su juventud tras una pared, debajo de una cama, en el fondo de una litera esperando pacientemente y silenciosamente hasta que callera su víctima. De esta manera la abuela Catita, mi madre y especialmente yo, pegamos docenas de brincos y alaridos al escuchar de Ricardo un simple y perfecto Buuuhhh.



Cartas Marcadas.

Cartas Marcadas era la canción ranchera favorita de mi mamá. Siempre a la menor oportunidad la entonaba y cantaba. Hoy esa canción nos une como hermanos y como familia, es un pequeño himno para los Peltier.

Mí Tía Alicia.

Estoy seguro que hablar de mí tía Alicia amerita una novela entera. Brevemente, es hablar de un personaje muy especial y entrañable en nuestra familia. Alicia, “Licha”, o “la pelona San Pedro” fue la hermana menor de mi mamá. Mi tía Alicia era una mujer bella y muy especial, tenía un carácter aparentemente difícil y rudo, pero en el fondo era super tierna y amorosa. Como la Cocha tenía la voz gruesa y hombruna, estoy seguro que al igual que a mi mamá, la confundían con hombre cuando hablaban por teléfono.

Mi bellísima tía Alicia se caso ya grande para lo que se acostumbraba en su época. Se casó con el Dr. Tomás 62

Córdoba Sandoval, doctor en psiquiatría, muy intelectual, un poco loco (locura que se acentuó con los años), muy simpático (simpatía que disminuyó con los años), muy dicharachero y muy bueno para los chistes, con un espíritu de pintor que en los años y los calurosos días de Ciudad Mante desarrollo produciendo cuadros sorprendentes, raros, algunos feos y muchos más hermosos.

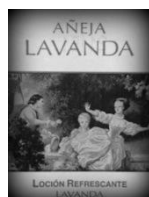
Mi tía Alicia tuvo tres hijos: mi prima Alicia castaña de ojos verdes azules, mi prima Claudia totalmente rubia de grandes ojos azules y Tomás, es decir, mi primo “el Pato”, castaño de ojos verdes. Después de cinco o seis años de vivir en México se fueron a vivir a Ciudad Mante, Tamaulipas, un pequeño pueblo al norte de Tampico, un lugar caluroso, algo, inhóspito y lejos de su vida en la capital. Ahí hicieron su vida, ahí crecieron y se educaron mis primos, ahí formaron sus familias.



Los días de mi tía Alicia transcurrieron en el calor infernal del Mante, ahí perdió su bella figura con tantas coca colas, más una vida sedentaria. Ahí “la pelona San Pedro” mato sus horas de ocio jugando a la baraja, su gran vicio junto con el cigarro. Fue estando con ella y mis primas que murió mi abuelita Catita tras una larga agonía producida entre otras cosas por la osteoporosis.

En mi vida hay otro olor singular inolvidable y es el de mi Tía Alicia. Ella olía a la combinación perfecta entre loción Añeja Lavanda, jabones Maja, colonia de Flor de Naranja Sanborns y un poco de cigarrillo Raleigh.

Lo mejor de mí querida tía Alicia es que nos regalo a mis hermanos y a mí a tres nuevos hermanos, Alicia, Claudia y El Pato, y estos a sus vez a sus bellas hijas e hijos.



Los muertos que uno ama, nunca mueran.

La muerte de mi abuelita cuando yo tenía 15 años fue terrible. Llore muchísimo y la sigo extrañando enormidades hasta ahora. Pero el mayor de mis dolores es la muerte de mi hermano Rudolfo. Lo llore a mares. Hoy lo recuerdo con una tristeza profunda, su ausencia es realmente inmensa y aún lo extraño muchísimo. Él fue mi hermano, mi confidente y sobretodo un guía verdadero.

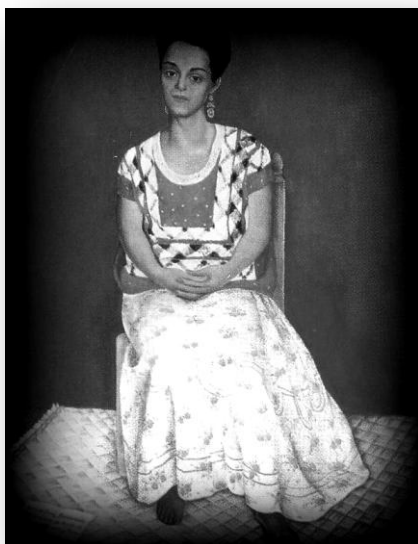
La partida de Catalina fue muy triste, tenía poco más de tres años enferma y cada día estaba más afectada. Su muerte era una bendición para ella, era su descanso. Estuve junto a ella en sus últimos minutos, con gran tristeza la vi irse, apagarse poco a poco... Ironía de la vida, es que ella me vio llegar a este mundo y a mí, quien la vio partir. Nunca podre olvidar ni su voz, ni su maravilloso olor a Aires del Tiempo. 64

Por supuesto que la muerte Cochita fue muy dolorosa, pero era algo que se esperaba porque ya tenía varios meses enferma. Pero su ausencia, por raro que parezca, casi no la noto. Aún no creo que se haya ido, hoy aún no lo creo y cada vez que paso por la casa de Alberto Balderas, pienso en ella, la imagino vivita y coleando, cocinado feliz con su pequeña y delgada bata, arreglándose en ese tocador que muchos años antes le construyó mi papá, la imagino pintándose frente al espejo con su boca rosa y hermosa, con sus ojos grandes y su pelo rubio y delgadito, la veo en su sala festejando con la Patrulla Juvenil, haciendo cubas, riendo a carcajadas, la miro hermosa, guapa, simpática, con ganas de vivir la vida, con ganas de ser feliz siempre, la miro claramente no solo en búsqueda de la felicidad, sino especialmente con la felicidad en sus manos.



Cuca Bustamante

Ah, de Cuca Bustamante no me acuerdo nada. No la conocí. Pero aquí está su retrato pintado por Diego Rivera.



Ellas nos se quedan calladas.

Con todo cariño, Toni esposa de Roberto y Maryangel, esposa de Ricardo, comparten sus nostalgias. Es una visión diferente de lo que paso, es ampliar los recuerdos en el caso de Toni, o en el caso de Maryangel, reconstruir la historia. Gracias a las dos por compartir sus Nostalgias y ser parte importantísima de los Peltier.

NOSTALGIAS (PARTE V)

Por Ma. Antonieta Guerra de Peltier



Memorias, en compañía de los Peltier.

Era el invierno del año de 1985, cuando Roberto me invitó por primera vez a casa de su mamá. Estábamos empezando a salir y si no mal recuerdo fue un domingo, cuando tuve aquella inolvidable tarde: La primera vez que fui a una reunión a casa de Cochita, mamá de los Peltier, y entré en ese pequeño departamento lleno de mucha alegría y en familia, sentí un ambiente festivo y cálido que te invita a quedarte.

No sabía si en verdad aquéllos hermanos se peleaban o solo bromeaban, hasta que con risas entendí que el mismo amor de unos por los otros, en ésta familia es lo que les permite hablarse en un tono que en mi casa hubiera sido completamente impensable dirigirse.

La cocina de Cochita inundaba siempre el ambiente. El día que llegaras, había gente de varias generaciones departiendo. Cochita tenía siempre una comida exquisita.

La gente bromeaba, platicaba... estaba presente casi invariablemente un grupo de gente mayor quienes

para los íntimos, se hacían llamar “La Patrulla Juvenil” de los cuales dudo hubiera alguien más joven de 70 años, y de ahí, el menos joven, alcanzaría fácilmente los ochenta y tantos o noventa, que por su ánimo para la fiesta, las bromas y su actitud vital, ese grupo nos enseñó siempre con el ejemplo de su propia vida, que la juventud y la vejez, se encuentran en la mente de quien las posee.

Tomas Ennis, gentil, caballero y galante; Betty Lou Clynes, siempre positiva, alegre y muy bromista, Rosa Ma. Del Paso, en la seriedad estaba la risa; la dulzura de Teté, la personalidad y amabilidad de Martha Gregersen, la inconfundible voz de Maru con castizo acento ayudando a preparar la comida, eran partes vitales de la constante reunión en casa de Cochita. Y no se diga el ambientazo que se armaba cuando había visita de Anabel de Costa Rica y de la comadre Haydée! O cuando nos visitaban las primas del Mante Tamaulipas, todo se volvía carcajadas, al hacer shows de imitación a cargo de Claudia, anécdotas familiares a cargo de Alicia, e incontables chistes, que hacían de las reuniones algo ¡verdaderamente inolvidable!

El paso de las horas no se sentía, pues entrábamos antes del medio día saliendo casi a la media noche, después de haber departido en total alegría por horas y horas.



Vajilla rosa, muchas canastas y botaneros, un bar con varios tipos de ron y refrescos entre otras cosas son fotografías guardadas en mi mente, imágenes que me traen siempre recuerdos de aquél ambiente y claro, la gran sonrisa de Cochita, su calidez, su entrega y su siempre pensar en el bienestar de otros, de todos, de familia y amigos, constituyó siempre la cohesión de todos en su casa. ¡Casa siempre abierta para todos!

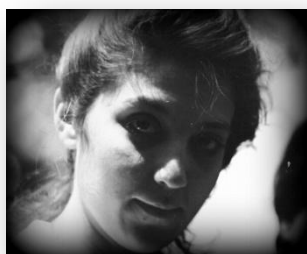
Las bromas, el lenguaje, todo era para mi nuevo y significó un enorme cambio de ambiente, la convivencia en las reuniones Peltier en casa de Cochita, pues al yo venir de una familia pequeña, conservadora, y más bien silenciosa, encontrarme a mis veinte años en medio de tan bullanguero ambiente, aprender a ver que muchos comentarios eran bromas, entender otra manera de convivir en familia, disfrutar la proximidad del otro, entre otras cosas, me abrieron las puertas de algo totalmente distinto a lo que yo había vivido hasta entonces.

Gracias a los Peltier, aprendí entre otras cosas, el valor y el sabor del grupo que quiere estar junto, de gente que comparte en la fiesta, en la risa, en el aquí, en el ahora, en el siempre.

Por otra parte, la solidaridad de la unión, es algo que caracteriza a los Peltier, la cohesión en momentos difíciles y el estar siempre, para ellos mismos y para otros, en momentos duros, los hace unos verdaderos sobrevivientes a través de los años y de las generaciones.

Tengo muchas memorias de lo vivido durante estos 27 años en convivencia con la familia Peltier. La primera visita al rancho de Gilberto en Tamaulipas, por ahí de finales de los años ochenta, fue toda una experiencia de naturaleza y familia: esa sensación de libertad entre

los cañaverales, el calor húmedo, la sensación de nadar en un río dentro de la selva virgen, y todo coronado con la deliciosa paella que contemplando los sembradíos, nos agasajó al atardecer. En aquél primer viaje al rancho, la casa de Gilberto y Catalina nos recibió con calidez, nadar en la boca toma, las clases de tiro entre los sembradíos, en fin... reuniones, alegría, convivencia en lo más bello de nuestra naturaleza virgen llena de color y de sol.



Otro viaje que nunca olvidaremos fue cuando llevamos a la Sra. Cochita a Las Vegas para ver el concierto de Frank Sinatra, su ídolo de la música. No podía creer que fuera a verlo; cuando finalmente nos aseguramos de que el concierto se llevaría a cabo, y que los boletos estaban listos, le dijimos cual había sido la finalidad del viaje, a lo que nos contestó que no podía creerlo, y nos dijo que si sabíamos que ya se iba a morir y por eso la habíamos llevado.

Durante el concierto nos dijo “yo ya no voy a voltear más que al escenario, de aquí hasta el final del concierto.” Y luego, nos dijo “¿vieron como me saludaba a mí?, ¿vieron como me mandaba besos?” Fue increíble, y muy divertido viaje.

Muchos recuerdos también de largas reuniones en casa de Catalina, reuniones para desayunar bocoles en la mañana que terminaban después de una deliciosa comida en la tarde o hasta el anochecer. Navidades, cuantos años nuevos llenos de risas, gente y deliciosa cocina.

La familia Peltier, significa la sensación de unión, de cariño, de calidez y convivencia que nos acompañan a lo largo de la vida, dándole otros sabores y acentos, compartiendo su cariño y cálido ambiente que disfrutan y preservan, no solo para ellos mismos, sino extendiéndolo a todos los que de una forma o de otra, hemos formado parte de su cálido grupo.

¡En horabuena!



NOSTALGIAS (PARTE VI)

Por Maryangel Álvarez de Peltier



Mi Puñito de Arena

Hace muchos años -casi catorce- conocí a Ricardo. No imagine en ese momento la linda historia familiar que le precedía. No pasó mucho tiempo para que me presentara formalmente a su familia y si no mal recuerdo, desde la primera reunión a la que asistí, empezaron a girar las historias en torno a la casa de Santa Bárbara. Las empecé a escuchar de manera tan frecuente que sin querer, los Peltier me han hecho parte de su historia, al igual que a mis hijas. Ricardo, por ejemplo, nos acostumbró a las niñas y a mí, a que cada vez que íbamos a comer al Suntory, pasáramos frente a la casa de Santa Bárbara, para enseñarnos el hogar en dónde creció. Casa, por cierto, de lo más mona, casi como de cuento. En el camino nos va señalando también las casas de sus amigos, tíos etc., como la casa de Doña Margarita Ferrer, en dónde había una cocinera que hacía unas deliciosas y enormes tortillas a mano. En esa casa –que estaba justo enfrente a la de los Peltier- vivían el “Chacho”, que era amigo de Rodolfo y su hermana, quien era amiga de Catalina. También nos enseña la casa en dónde vivían el tío Guillermo y la tía Elena, hermana de mi suegro Don Rodolfo Peltier y que estaba en la calle de San Bernardino.

Paradójicamente ahora son las hijas quienes suelen a menudo decirle a Ricardo "...anda, vamos a pasar por tu casita..." Ese viaje al pasado trae consigo, por supuesto, alguna historia nueva, que se recuerda en ese momento, alguna también repetida y porque no, alguna favorita que nos gusta que nos cuente, una y otra vez: como aquella cuando Ricardo tomaba su camión en la esquina de Insurgentes para ir a la escuela, justo a media calle de "la casita de cuento" y en donde coincidía con frecuencia con un señor que cargaba un gran portafolio, y que cuando el transporte no hacía la parada y se seguía de frente, Ricardo nos cuenta –con su acostumbrado tono exagerado Peltier– que el señor se enfurecía de tal manera que azotaba su portafolio contra un medio muro que se encontraba en ese lugar, ante el jazo de toda la gente! Lo cuenta tan simpático, que es una de nuestras historias preferidas. Claro está, que el chiste de estas historias tiene también mucho que ver con quien las cuenta.



Por ejemplo, Jaimito y la Güera Girón cuentan que cuando Ricardo era pequeño era tan tímido (todavía lo es, pero eso solo lo notamos unos pocos) que solía entrar por la ventana de la casita de Santa Bárbara para no verse obligado a pasar por la sala y tener que saludar a todos los tíos y amigos de la familia, pero que⁷⁶

en una ocasión Ricardo se disfrazo del “El Llanero Solitario”, con todo y el antifaz, que le cubría la cara, y se paró en medio de la sala para sorpresa de todos los invitados -quienes por puesto estaban acostumbrados al escurridizo niño tímido- para decirles a todos, de manera retadora “...al cabo no chaben quen choy...” claro está, con la seguridad de que bajo ese disfraz nadie lo reconocería. Esta historia la cuentan de manera tan divertida tanto Jaimito como la Güera, que he de confesar que hasta la tengo grabada en dos versiones –la de Jaimito y la de la Güera-, porque para los que no lo saben, ellos suelen discutir y arrebatarse la palabra para ver quien cuenta mejor la historia.

Tuve la fortuna de conocer también a Carlos Girón, hermano de Jaimito. Él también me contó varias anécdotas, sobre todo me recalco en muchas ocasiones el infinito agradecimiento que le tenía a su tía Cochita, quien a los pocos días de haberse casado lo recibió con los brazos abiertos en su casa. Solía decirme también que no había agua más rica en éste mundo que la del refrigerador de la casa de su tía Cochita.

Mucho nos hemos reído con las historias de cuando Roberto quería “matar” a Conchita, una de las grandes amigas de Cata, mi cuñada. Cuentan que un día toda la palomilla de Santa Bárbara se fue a patinar al Estadio de C.U. y que cuando Conchita se disponían a aventarse por una de las rampas más empinadas y peligrosas, para no estrellarse en el muro que se encontraba al final de la rampa era necesario dar vuelta a la izquierda rápidamente y con mucha pericia, fue ligeramente “ayudada” por Roberto y ella, sin saber en realidad patinar, fue directa e irremediablemente a estrellarse en el muro que estaba al final de la rampa. Hace poco, por cierto, tuve la oportunidad de conocerla personalmente.

También hay otra historia que me platicaba Catalina – mi cuñada- que su amiga Conchita le pidió a uno de los vecinos de Santa Bárbara un arma prestada para jugar con ella, pero como evidentemente no sabía nada de pistolas, ésta se le disparo y bala, para fortuna de ella, no le dio a ninguna persona directamente, pero de rebote si le dio a un albañil que trabajaba en una casa que estaba en construcción y el cual dijo textualmente “...ya me quebró la señorita...” Así se las gastaban en las divertidas tardes de infancia los “niños Peltier” y sus amiguitos.



Para ese entonces ya andaba Gilberto en la jugada. Los hermanos Peltier siempre molestan a Gilberto y hasta la fecha no se cansan de reclamarle que se haya colado en la familia y les haya robado a su hermanita. Cuentan incluso que Gilberto no era bien visto por el clan de Santa Bárbara, y que tuvo que pasar por varias pruebas para finalmente ser aceptado, aunque en realidad dicen, que si no hubiera sido por la influencia de Doña “Cuca” Bustamante -tía de la Güera Girón- nunca habría sido aceptado por la familia Peltier.

En esa infancia nacieron amistades que se conservan hasta el día de hoy. A cuatro cuadras de Santa Bárbara, en la calle de Magdalena, vivía la Tía Alicia, hermana de Cochita, mamá de Alicita y de Claudia. Ellas tenían una nana que se llamaba Rosita, la cual tuvo en 1950

un bebé, año en que también nació mi adorado Ricardo, así que Ricardo presume de tener un amigo desde hace 62 años. Aunque no lo crean, todavía esta mañana habló con Ricardo Torres.



Mi favorito es mi cuñado Eduardo, lo es por justicia divina, como a mi Ricardo le tocó sufrir con su llegada y no supo canalizar el amor de un hermano nuevo, le complicó la vida lo más que pudo, por eso a mí me toca la labor de consentirlo lo más que pueda, para retribuir en algo las “maldades” de mi maridito.



Me queda claro que, si para todas las personas que he tenido oportunidad de conocer alrededor de los Peltier San Pedro, existen tantas historias lindas, es porque el ambiente familiar era cálido y acogedor y porque ellos se sentían felices compartiendo la vida entre sí y con

los demás; y quién lo iba a decir, con el tiempo yo me haría una fan de esas historias, al punto de involucrarme en ellas más allá del tiempo, aunque sé que debe de sonar de lo más raro, no me juzguen, así de bonita es la vida.

El amor de mis suegros Cochita y Rodolfo debió ser de película y en medio de este gran amor es en el que fueron llegando y creciendo los hermanos Peltier. Este amor se ve hoy reflejado en los hermanitos, todos ellos educados, personas de bien, con principios, alegres y bondadosos, todos muy buenos padres y en mi caso, el mejor marido del mundo.

Pienso que mi suegra Cochita era una gran mujer, que disfrutó de la vida plenamente, incluso en el sufrimiento, del que logró reponerse sin amarguras, que supo darse y que tocó cuanto corazón cruzó por su camino, incluso el mío, que no tuve oportunidad de conocerla en vida.

Toda esta magia seguirá siempre viva, mientras las historias permanezcan circulando, así que yo ya he contribuido a ello con éste, mi puñito de arena.



Epílogo

*Ya nada de todo lo que pasó existe más.
Pero gracias a todo lo que pasó estamos aquí
y estamos bien.*

La idea de compartir estas Nostalgias de una Familia con nuestros hijos y nietos y los descendientes de estos, nace de las Nostalgias de Catalina, quien las escribió tiempo antes de morir en el otoño del 2012.

Al conocerlas y leerlas después de su partida, se me ocurrió la idea de que los otros tres hermanos escribiéramos nuestras propias Nostalgias, así como lo hizo Cata.

Y pues aquí están. Con la idea simple de que quienes las lean conozcan de dónde venimos y qué pasó en todo este tiempo, cuáles fueron las cosas que nos hicieron ser como somos hoy, las cosas que nos hicieron felices y las que nos dieron tristeza.

De todas las nostalgias y todas estas anécdotas, me quedo con una idea que escribió Catalina y que para mí me parece fundamental, porque es la herencia más importante que nos dejó Cochita nuestra madre, quien alguna vez dijo: *“No entiendo porque la gente se deprime, yo perdí a mi marido al que amaba con toda mi alma y a un hijo que adoraba y creí que me moriría de tristeza, pero en esta vida hay que tratar siempre de ser feliz”*.

Con amor para todos los que se fueron, pero sobre todo para los que están y para los que llegarán algún día.